# Historias
## para recordar



DORYS RUEDA & NANCY CARRILLO

**Historias para recordar**

Dorys Rueda

Nancy Carrillo

Edición general: Dorys Rueda

ISBN: 978.9942-51-266-6

Derecho de las autoras: QUI-067256

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, sin permiso previo y por escrito de sus autoras.



## DEDICATORIA

A las mujeres de mi familia

A mi hermana y mis sobrinas, quienes, con su ejemplo y dedicación, han enriquecido mi vida.

Este libro está dedicado a su legado de fortaleza y coraje.

**Dorys Rueda**

A todos mis lectores con quienes comparto estas vivencias, que de algún modo sé que también son las suyas.

**Nancy Carrillo**

# CONTENIDO

**PRÓLOGO ..... 1**
**HISTORIAS ..... 2**
L A PRINCESA EN FUGA .....2
MI FANTASMA FAVORITO.....6
MI PRIMER CORTE DE CABELLO.....8
PIPA .....11
DOS NOMBRES, DOS ENTORNOS.....16
LA DIABLADA PILLAREÑA .....19
LA GYMCANA.....22
RECORDANDO A LA TÍA LAURA.....27
UNA LETRA DE DIFERENCIA .....31
EL MANGO ROTADOR .....35
EL CASCO.....41
MARGARITA.....45
FALSA CARTOMÁNTICA.....48
TAICHÍ .....54
LOS SUCRES .....57
MI PRIMER EMPLEO.....60
CUANDO EL AMOR SE CONECTA EN LÍNEA .....62
EN EL AREOPUERTO .....66
POR FIN, EL DUENDE.....68
JOAN MANUEL SERRAT .....71
**RESEÑA DE LAS AUTORAS ..... 74**
DORYS RUEDA .....74
NANCY CARRILLO .....76

# PRÓLOGO

**L**as historias son como los recuerdos, esos que a veces nos parecen perdidos en el tiempo, pero que, al ser contados, cobran vida de nuevo. A lo largo de nuestras vidas, todos tenemos relatos que, aunque parezcan pequeños o comunes, llevan consigo una gran carga emocional. Son esas historias las que hemos reunido en este libro, *Historias para recordar*, porque creemos firmemente que son las que nos definen, las que nos enseñan, las que nos unen.

Esas historias son como un puente entre generaciones, entre amigos, entre personas que, sin importar cuán lejanas estén, comparten una misma esencia. A través de este libro, nos hemos propuesto rescatar los momentos, las vivencias y las enseñanzas que se encuentran en cada rincón de nuestras memorias. Queremos recordar lo que, en ocasiones, olvidamos por la rutina, por la velocidad con que avanza la vida.

Lo que encontrarán en estas páginas son relatos que trascienden el tiempo, que evocan emociones profundas y que nos invitan a reflexionar. En cada historia hay algo de nosotras, un reflejo de nuestras propias vivencias, un pedazo de esa nostalgia que nos une a todos. Al escribir, descubrimos que, más allá de las palabras, lo que nos conecta es ese hilo invisible que es el recuerdo.

Y es que recordar no es solo revivir el pasado; es entenderlo, aprender de él y reconocerlo como una parte vital de nuestra historia personal y colectiva. Las historias que aquí compartimos son testamentos de momentos que, aunque fugaces, marcan nuestra vida de maneras que a veces no podemos explicar con facilidad, pero que, al ser leídas, nos llegan al corazón.

Esperamos que, al sumergirse en estas páginas, puedan sentir la calidez de esas vivencias, la fuerza de los recuerdos y la emoción de descubrir que, aunque el tiempo pase, hay historias que nunca se olvidan.

**Las autoras**

# HISTORIAS

## L A PRINCESA EN FUGA

**Dorys Rueda**



**M**i primera sesión de fotos fue a los cuatro años.
Mi mamá se tomó el asunto muy en serio.
Había confeccionado para mí un vestido rosado, me peinó con esmero y dejó caer sobre mi frente un cerquillo que debía permanecer exactamente donde ella lo había puesto.
Yo también tenía una responsabilidad: no desbaratar nada antes de llegar al estudio.
A los cuatro años, semejante encargo ya era bastante.
Antes de salir, mi mamá me miró de arriba abajo, acomodó algún detalle que seguramente solo ella podía ver y anunció:
—Pareces una princesa.
Me gustó.
Una princesa tenía vestido bonito, peinado especial y, por lo que yo entendía,

ninguna obligación importante.
Todavía no sabía que tendría que permanecer sentada y, sobre todo, quedarme quieta.
Mientras íbamos al estudio, empecé a pensar en la foto.
¿Había que sonreír todo el tiempo?
¿Y si pestañeaba?
¿Y si me picaba la nariz?
Cuanto más lo pensaba, más complicado parecía el oficio de modelo.
El encargado de conseguir aquella hazaña era el señor Cifuentes, gran amigo de mi papá y fotógrafo muy conocido en Otavalo.
Nos recibió en su estudio.
Hasta allí, todo marchaba bien: vestido limpio, cerquillo en su sitio, princesa completa.
Entonces entramos al cuarto de las fotografías.
Era medio oscuro.
En el centro había una silla alta.
Y frente a ella, la cámara.
Me detuve.
Aquello no se parecía a ninguna cámara que yo conociera. Era enorme, tenía un lente redondo que apuntaba hacia mí y estaba cubierta por una manta negra.
El señor Cifuentes me tomó en brazos y me sentó en la silla.
Mis pies quedaron en el aire.
La silla era dura.
La cámara me miraba.
Y mi mamá esperaba que sonriera.
Demasiadas cosas para una sola niña.
El señor Cifuentes se acercó a la cámara, levantó la manta negra y metió la cabeza debajo.
Yo esperé.
No salió.
Aquello cambió por completo mi opinión sobre la fotografía.
Si la cámara acababa de tragarse al fotógrafo, no pensaba averiguar quién seguía.
Salté de la silla.

—¡Hija!
Corrí.
Mi mamá fue detrás de mí. El señor Cifuentes consiguió salir de la manta y se sumó a la persecución.
Yo iba adelante.
Eso era lo importante.
Casi llegué a la puerta.
Digo «casi» porque el señor Cifuentes tenía las piernas más largas.
Me alcanzó, me levantó en brazos y me devolvió a la silla.
La princesa regresó al trono.
De muy mal humor.
Y llorando.
Mi mamá acudió a secarme las lágrimas. Tenía que tranquilizarme y, al mismo tiempo, impedir que el llanto arruinara el trabajo de toda la mañana.
—¿Te da miedo la cámara?
Señalé el enorme aparato.
—Eso.
—Pero si no hace nada.
No me pareció un argumento suficiente.
—Se comió al señor Cifuentes.
Mi mamá miró al fotógrafo.
Yo también.
Allí estaba, entero.
—¿Ves? No se lo comió. Él se mete debajo de la manta para tomar la foto.
Miré al señor Cifuentes.
Después miré la cámara.
La explicación tenía sentido, aunque yo todavía no confiaba del todo en ninguno de los dos.
—¿Y a mí no me va a tragar?
—A ti no. Solo quiere tu foto.
Eso mejoraba bastante las cosas.
El señor Cifuentes volvió a colocarse detrás de la cámara.
Yo permanecí en la silla.
Esta vez no corrí.
Miré el lente.

Y la fotografía quedó hecha.
Todavía la conservo.
En ella aparezco muy seria, con mi vestido rosado y el cerquillo perfectamente puesto.
La carrera por el estudio, por suerte, quedó fuera de cuadro.

## MI FANTASMA FAVORITO

Nancy Carrillo



**M**i madre, las tías y las empleadas, saturaron mi imaginación con cuentos de brujas, aparecidos y duendes durante toda mi niñez. Los hermanos, los primos y los inquilinos no sabíamos entonces, que ese miedo intenso correspondía a la adrenalina, la hormona que casi se agota en esos días. Sufríamos al máximo ante un mundo extraño, feo y malo por supuesto, destinado a los niños que no se portaban bien, desobedecían, no estudiaban y esencialmente no rezaban.

Algunos cuentos eran realmente espantosos, con diablos y almas en pena, que no nos permitían vivir con tranquilidad, bajo pena de encontrarlos por ahí en algún momento, especialmente si habíamos fallado en el cumplimiento de nuestras obligaciones o albergábamos algún mal sentimiento. Es más, los primos mayores se encargaban de asustarnos especialmente en las noches de luna llena y cuando se iba la luz, en esa época no existían las hidroeléctricas, o yo no las había escuchado, tampoco se hablaba de transformadores que aliviaran los cortes de luz.

Mi fama de niña aplicada nació en la escuela, mis notas eran excelentes con el total beneplácito de mis padres que, desde entonces, muy

desatinadamente me pusieron de ejemplo de los hermanos más pequeños, los amigos y hasta los vecinos. Aprendí desde entonces que permanecer en el pedestal de la fama tenía sus renuncias y, cuando el tiempo no me permitía terminar las tareas en la tarde, pedía a mi madre que me despertara en la madrugada, así fresca y en absoluto silencio repasaba mis lecciones.

Una madrugada, en tiempo de exámenes, pedí a mi madre despertarme a las cinco, pero ella no sé si por equivocación o porque creía que dos horas no eran suficientes me despertó a las tres.

Con el sueño titilando en mis pestañas, tomé un chal, el libro, una regla, la pluma y un cuaderno, me dirigí al comedor, un lugar espacioso, con una pared entera de vidrio, una mampara, con maceteros de hermosas orquídeas y una buganvilla enorme que rodeaba una esquina y subía al tumbado.

No había caminado cuatro pasos cuando vi en el vidrio una sombra con una cabellera horrorosa de reflejos rojos, arrastrando una tela, con una pluma en la oreja y con algo en la mano que parecía un cuchillo, no grité porque el susto me quitó el habla, a medida que caminaba la sombra me seguía, el pelo alborotado me impedía verle la cara y no quería hacerlo porque estaba horrorizada. Me senté en la primera silla y la sombra igualmente se sentó, para esto ya el corazón me latía a cien por hora.

Esperé unos momentos, cerré los ojos y empecé a rezar sin concluir ninguna oración, quise pararme para volver a mi cuarto y me caí de la silla, desbaraté un macetero y entonces pude ver cara a cara al famoso fantasma. Era yo asustada y despeinada, con una rodilla sangrante, el cuaderno sucio y la regla que aún la sostenía.

Sentí una mano en mi hombro y otra vez el alma al cielo, casi muero, pero escuché la dulce voz de mi madre que me decía, qué pena te asusté; se había despertado con el ruido y acudía a ver qué pasaba.

No le conté este episodio para que no supiera todos los sacrificios que una pobre niña hacía para no defraudarle y para no perder la fama ganada a puro estudio y cumplimiento.

## MI PRIMER CORTE DE CABELLO

**Dorys Rueda**



**N**o solemos recordar nuestro primer corte de cabello.

Yo sí.

Tenía cinco años y una melena larga, abundante y negra que a mí me encantaba.

A mi madre, no tanto.

Cada mañana tenía que desenredarla y peinarla para hacerme una trenza o una cola de caballo.

Apenas aparecía el peine, comenzaban los problemas.

Un tirón.

Una queja.

Otro tirón.

Un llanto.

—¡Me duele!

Mi madre tenía paciencia.

Mucha.

Pero no infinita.

Varias veces me había advertido que, si aquello continuaba, tendría que cortarme el cabello.

Yo tenía una respuesta.

—¡No!

Y me escapaba.

Así pasaron varios días: yo conservando mi melena y mi madre peleando con ella todas las mañanas.

Hasta que un día decidió terminar con el problema.

Me llevó al baño.

Cerró la puerta.

Mala señal.

—Vamos a cortarte el cabello.

Me agarré la trenza.

—¡No!

Mi madre cambió de argumento.

—Es por el duende.

Eso sí me interesó.

En el barrio La Joya, en Otavalo, había funcionado una fábrica de tejidos. Con los años quedó abandonada. Sus paredes se deterioraron, las ventanas se rompieron y el lugar comenzó a llenarse de historias.

Una hablaba de un duende.

Se llevaba a las niñas de cabello largo y negro.

Mi madre hizo una pausa.

—Y de ojos grandes.

Me miré como pude.

Cabello largo.

Negro.

Ojos grandes.

El duende parecía tenerme perfectamente identificada.

—¿Me puede llevar?

—Sí.

Solté la trenza.

La discusión había terminado.

—Córtame.

Pero todavía tenía algo que aclarar.

—Voy a llorar.

—Llora.

Mi madre tomó las tijeras.

Yo cerré los ojos.

¡Zas!

Una parte de mi melena cayó al suelo.

Y yo cumplí mi palabra.

Lloré.

Mi madre me dijo que el cabello volvería a crecer.

Yo no la escuchaba.

Miraba mi cabello en el suelo.

La culpa era del duende.

Entonces hice una promesa:

—Cuando sea señorita, volveré a tener el cabello largo.

Y así fue.

Mi madre ganó aquella mañana.

Yo recuperé mi melena años después.

Del duende, por suerte, nunca volví a saber nada.

# PIPA

Nancy Carrillo



**H**oy, encontré un archivo muy viejo en mi computadora, la sorpresa fue grande, estaba dirigido a Pipita y lo enviaba Pipo, entonces recordé días ya olvidados. No solo vino a mi mente el famoso cuento de Ana María Matute, imaginé a esa muñeca desvalida, descolorida y aterida de frío, pero con aquel encanto que concede el amor, la ternura, la cálida compañía, sino una etapa de mi vida en la cual yo era Pipa, cobijada por los mismos sentimientos que aquella niña tenía por su muñeca. Un viento cálido surgió de pronto, también fui amada y aunque años más tarde desapareció el encanto, el nombre aún complace mis oídos.

También hubo otros nombres, creo que todas las parejas manifiestan así su amor, se llaman de diversas maneras, Bellita era uno de ellos, aun cuando estos apelativos se pierden y no lleguen a cumplir la famosa frase: "hasta que la muerte nos separe". ¡Qué tiempos aquellos! cuando los problemas se resolvían con una frase cariñosa, con un sobrenombre sencillo. Yo creo que entonces había en las palabras pureza, estaban libres del desencanto, de la duda, del reproche. Eso vino más tarde.

El tiempo que todo lo borra o lo mitiga convirtió este y otros episodios en relámpagos que de vez en cuando alumbran alguna fría tarde de soledad.

Pipa fue parte de mis lecturas recomendadas, con ellas mis estudiantes de los años 70-80 meditamos la grandeza del amor, aquel sentimiento que nace y mueve todo lo bueno que cada ser posee, esa emoción inexplicable que no se fija en oropeles, que engrandece al ser amado en su humildad, que establece una conexión espiritual imposible de describirla.

Con ella, mis jóvenes estudiantes comprendían que no necesitaban ser bonitas para ser amadas. Ellas eran felices, y yo también, además la juventud añadía belleza a su mirada, a sus gestos, a sus esperanzas.

Sin embargo, entre los noventa y el nuevo siglo todo cambió, los sentimientos, los descubrimientos, los comportamientos; la belleza a la vuelta de la esquina, cómo se decía entonces. Ya no hay mujeres feas, solo están las que no tienen dinero porque aparecieron las cirugías plásticas y la belleza fue manipulada, nuevos patrones que se podían alcanzar cuando los recursos económicos eran suficientes.

Las no agraciadas y sin dinero sufrieron de acciones maltratantes que entonces no tenían nombre, ahora se las denomina bulling, todas habían sufrido, de palabras y miradas lascivas y del daño psicológico que provocaban, a veces eran palabras que se decían con cariño sin conocer que eran puñaladas que perforaban la autoestima, "mi chiquita, mi gordita", es feíta pero muy inteligente, como queriendo compensar la falta de perfección física por el adjetivo que no sirve para atraer miradas.

En el sesenta todavía existían colegios que dividían sus paralelos entre las pudientes y no pudientes, nunca se unía a los dos grupos para actividades sociales o académicas, inclusive los patios para el recreo eran separados y si alguna vez se encontraban en algún pasillo, la fila de las pobres pasaba ligera, mientras escuchaba que las otras las clasificaban en bonita, fea, bonita fea, no había una sola voz que las rescatara de semejante humillación y de las heridas que empezaban a cargar desde aquellos momentos.

La psicología y la comprensión de un mundo diferente eliminó esta aberración de la clasificación económica dentro de los establecimientos educativos, ahora la separación es tajante, los estudiantes que se educan con

los mejores programas y aquellos que reciben lo que el gobierno puede proporcionar y que no siempre es lo mejor, estudiantes que gozan de todas las oportunidades para prepararse para un mundo cada vez diferente y aquellos titanes que para sobresalir luchan contra el medio y las circunstancias, claro está que la oportunidad es para todos, aunque los unos se pasean por el camino ancho y están bien equipados y los otros trepan montañas inclementes cargando deficiencias, carencias y miedos.

En la década del 90, no todos se emocionaban con el cuento de Pipa, algunos preferían las historias con mujeres hermosas, jóvenes, con status sociales y económicos envidiables viviendo apasionadas historias de amor. El cine y las telenovelas, que estaban en su apogeo las pintaban así, las heroínas y los héroes respondían a lo que tal vez ellas deseaban alcanzar, a sus sueños, a sus añoranzas, al rescate del príncipe a quien no le importaba los orígenes de la amada casi siempre pobres y anónimos, un mundo de ficción que no estaba a su alcance. Eso lo buscaban en los libros de lectura obligados a leer, en lugar de: el Mío Cid, La Ilíada, la Odisea, textos obligados por el ministerio, entonces incomprendidos porque no conjugaban con sus intereses. Otros, a quienes la adolescencia les permitió otro tipo de conocimientos, como el que proporciona los viajes, se apasionaron por las novelas históricas, confieso con vergüenza, porque un maestro no debe hacer distinciones que aquellos estudiantes eran mis preferidos.

Aparecieron listas de lecturas recomendadas, yo nunca las tomé en cuenta, presumía de conocer a los estudiantes y de los libros que despertarían su amor a la lectura, y no me equivoqué, seguramente porque era yo, la primera apasionada por los libros. Mis hermanos menores y los sobrinos me ayudaron mucho en esta tarea, ellos fueron los conejillos de Indias.

Pertenezco a la clase media que sufre en la actualidad todos los atropellos de las malas decisiones económicas, a pesar de esto solíamos ir a la playa en el mes de julio, desprejuiciados y felices nos acomodábamos en una camioneta en la que iban colchones, comida y utensilios de cocina porque pasábamos varios días en una casa alquilada. Yo unía a este cargamento una bolsa llena de libros. Cuando iniciábamos el viaje todos me criticaban porque necesitaban más espacio para incluir algún amigo, pero yo no cedía, la bolsa y yo éramos una; y así apretujados pero felices como abejas en un panal partíamos a Crucita que

entonces era una playa casi abandonada. Allí no había televisión y los celulares eran desconocidos.

El proceso de lectura en la playa tenía al inicio una sola lectora, yo, más tarde los hermanos cansados de correr, nadar y coger sol se sosegaban y por curiosidad me pedían un libro, allí estaba yo con la historia que creía adecuada, terminábamos las vacaciones con los libros mojados, doblados, llenos de arena, pero todos conversando sobre las lecturas realizadas. Mi hermano conoció a Vargas Llosa con "La ciudad de los perros", le iba como anillo al dedo, porque estudiaba en el colegio militar, desde entonces creo que es su autor preferido porque me ha pedido novelas del mismo autor. Felices mi madre y yo nos decíamos: objetivo conseguido. Al pequeño de la familia, que ahora es un profesional, un gran lector, le contábamos versiones libres, creativas y adaptadas de los clásicos, tenía cinco o seis años y ya conocía al Mío Cid, al Quijote, claro con visiones distorsionadas, a veces jocosas, no creo haber irrespetado a los grandes de la Literatura para conseguir que el pequeño se apasionara no sólo por los héroes sino por el manejo del idioma.

En la actualidad, los superhombres cambiaron, ahora los sobrinos nietos quieren ser el hombre araña, el señor de los anillos y así…… Los tíos ya no conocen a estos personajes. Para esta generación, la lectura se ha limitado a dos o tres libros que son de actividad obligatoria en los colegios. Siempre preguntan si no habrá una película porque así es más fácil, odian las actividades que vienen después de las lecturas y no tienen reparo en contestar las preguntas del cuestionario final con monosílabos como: ¿es la historia que aquí se cuenta interesante?:

o; explique su respuesta, porque no; ¿Qué le pareció la historia? horrible, aburrida. Explique su respuesta, porque es aburrida. Punzantes respuestas para cualquier autor.

Existen muchos tratados de cómo motivar la lectura comprensiva, casi todas aluden a subrayar, analizar, comentar, imitar el texto, aún no conozco algún método que elimine todas las actividades gramaticales y semánticas, un simple sistema que sea como saborear un riquísimo chocolate y eliminar el reconocimiento de la receta que lo produjo y provocara la reacción de oler, saborear y gritar, quiero otro. Me aferro a mi percepción de proporcionar a cada estudiante el libro que le conviene para que quiera continuar con otras lecturas,

cuando ya está enganchado puede ir por otras para diferenciar entre las que le gustan y las que no, es el momento para explicar el entorno, los personajes, la trama y demás elementos de la preceptiva.

El análisis literario es obligatorio y una buena profesora logra despertar en los estudiantes el amor al arte, aspecto que igualmente debemos rescatar porque muchos estudiantes están impactados con la tecnología y las carreras técnicas, abandonando las que cultivan el espíritu.

Pipa quedó en el recuerdo, no faltará algún apasionado por la lectura que vibre con esta historia de amor y algún otro, como yo que la recuerde, vuelva a hacerla suya y sirva como eje que dispara otras reflexiones.

}

## DOS NOMBRES, DOS ENTORNOS

**Dorys Rueda**



**C**uando terminé la primaria, tenía muy claro dónde quería continuar mis estudios.

En Otavalo.

Y no solo comenzar la secundaria.

Quería terminarla allí.

Insistí tanto que finalmente mis padres cedieron.

Ingresé al Colegio República del Ecuador, hice amigas y me adapté rápidamente.

Todo marchaba perfectamente.

Durante un año.

Al terminar el primer curso, mis padres me comunicaron que el siguiente año iría a Quito, al Colegio Nuestra Madre de la Merced, donde estaba mi hermana mayor.

No era una consulta.

Era una decisión.

Y traía una palabra que empeoraba la noticia:

Internado.

Dejaba mi casa, mis amigas y, asunto nada menor, la comida de mi madre.

En el internado todo tenía horario.

Hasta el tiempo libre.

En aquellos años, además, Quito quedaba a más de cinco horas de Otavalo.

A los once años, aquello me parecía otro mundo.

Cuando llegué al colegio, la rectora, madre Mercedes, una religiosa española, me recibió en su despacho.

—¿Cómo te llamas?

Respondí el nombre con el que todos me conocían.

—Margarita Rueda.

La madre Mercedes me miró.

Había un problema.

En el mismo año y en el mismo paralelo ya estudiaba otra alumna llamada Margarita Rueda.

Dos Margaritas Rueda en una misma clase eran demasiadas.

La madre Mercedes encontró rápidamente la solución.

Yo tenía otro nombre.

Dorys.

—Aquí te llamaremos Dorys.

No me entusiasmó.

Mi madre utilizaba ese nombre casi exclusivamente cuando estaba enojada conmigo.

—¡Dorys!

Cuando lo escuchaba, sabía que convenía revisar qué había hecho.

Ahora tendría que responder a Dorys todos los días.

Aunque me portara bien.

No había mucho que discutir.

Había llegado a Quito como Margarita.

Y salí del despacho de la madre Mercedes convertida en Dorys.

Desde entonces, en Quito fui Dorys.

En Otavalo seguí siendo Margarita.

Han pasado más de cinco décadas y todavía ocurre.

Regreso a Otavalo y alguien escucha mi nombre.

—¿Dorys Rueda?

Me mira unos segundos.

—¡Pero si eres Margarita!

Y pienso en aquella mañana, cuando la madre Mercedes decidió que en Quito yo sería Dorys.

Sin saberlo, no me cambió el nombre.

Me dejó uno en cada ciudad.

## LA DIABLADA PILLAREÑA

Nancy Carrillo



**C**uando mi padre nos contaba sobre los diablos de Píllaro, no aseguraba que fueran parte de la cultura del país, ni que sus orígenes se remontaran a un supuesto desquite de los indígenas frente al maltrato de los españoles, él afirmaba que eran seres de otro mundo y qué como dice la religión católica existen los ángeles y los demonios.

Respaldaba esta afirmación con un hecho que marcó su vida desde los doce años, era un niño travieso y retador, hijo del cacique del pueblo. Tenía doce años cuando con su grupo de amigos decidieron sembrar el terror en la población y poner en duda las sabias enseñanzas de la iglesia, acordaron salir a las doce de la noche utilizando toda la parafernalia que hasta entonces habían escuchado sobre el infierno y sus habitantes. Así, vencían su timidez, pasaban un buen rato causando pánico y demostraban que los seres del averno, no existían, menuda osadía y tarea para esos años, cuando las creencias colocaban al bien y el mal, representado por seres de otro mundo como una verdad incuestionable.

Construyeron un carro de madera, para simular la denominada caja ronca, un armatoste que utilizaban los seres malos para trasladarse, se vistieron

de diablos, no con las elaboradas caretas que hoy vemos en el desfile de la diablada cada mes de enero, estas eran de tela, unas rojas y otras negras, con agujeros para los ojos y la nariz, enormes cuernos, colas de soga y látigos con los que amenazaban, llevaban ollas de barro, a las que había perforado en varios lugares por donde salían llamas de una vela colocada en su interior, acompañaban esta funesta procesión con gritos guturales que amenazaban con nombre y apellido a algunos personajes del lugar. Todo esto acontecía en un pueblo muy pequeño, hace más de cien años. El pavor hizo presa a toda la población y decidieron que a la par saliera una procesión con santos, ángeles y el cura del lugar para lanzar agua bendita.

Como es de suponer nadie quiso acompañar al cura y los traviesos muchachos al ver tan asustado al pueblo decidieron que solo saldrían una vez más. Así lo hicieron, aún no habían desfilado dos calles cuando vieron algo similar que se aproximaba por el lado contrario, esta procesión era mucho más grande, los diablos enormes, danzaban y gritaban y despedían por sus ojos y boca llamaradas de fuego.

Un miedo enorme se apoderó de mi padre y sus amigos, lanzaron sus implementos y corrieron a sus casas, apenas podían permanecer de pie, temblaban y vomitaban, las vecinas del lugar dijeron que eran presas del mal aire. Algunos fueron al hospital porque estaban deshidratados. Nunca más volvieron a poner en duda la existencia del demonio y tampoco contaron lo que vieron. Los padres adjudicaron sus males de salud a algo que debieron comer en sus paseos por el bosque.

Mi padre murió fiel a sus creencias religiosas y pienso que, si viviese en este siglo, teniendo en cuenta que el tiempo, las concepciones políticas, religiosas y morales se han permitido ciertas licencias, también se colocaría una máscara de diablo y bailaría con el mismo entusiasmo y alegría como lo hacen los pillareños actuales.

Mis hermanas y yo, recordando esta anécdota que nos contaba nuestro entrañable padre, decidimos ir a Píllaro y presenciar este desfile de supuesto terror, la carretera para llegar a este pueblo que ha crecido al ritmo del tiempo es magnífica, ya no es el pueblo de cinco calles de largo y tres de ancho en el que vivió mi padre, los habitantes son amables, muy gentiles y han previsto sitios para dejar los carros y avanzar sin temor al lugar del desfile, la comida

riquísima, casi todos hacen empanadas, las de viento, pero algo tienen porque todos consumíamos esta delicias una y otra vez.

Tuvimos mucha suerte porque cuando buscábamos un lugar para presenciar el desfile, un señor nos ofreció un balcón por un precio muy módico, desde allí tuvimos un espectáculo en toda su esplendor, primero desfilaron las autoridades iniciando el espectáculo, luego aparecieron los diablos, enormes con máscaras elaboradísimas que seguramente pesan mucho, cuernos, dientes, ojos, unos más feos que otros, bailan con tanta pasión y ritmo que contagian, hacen calle de honor a otros seres de dudosa moral como son las guarichas, cantan con tanta entrega y viven la letra de su canción que habla de su lugar, Píllaro viejo, vibran con cada una de las tonadas, la banda de músicos tiene un papel importantísimo y también ellos acompañan sus notas con ritmos frenéticos. Los danzantes reparten licor, alegría y besos que no me parecieron del otro mundo, sino de este.

Las fotos no se dejan esperar, puedes hacerlas en el desfile o después, los diablos no se resisten a estos recuerdos del lugar, yo recordando a mi padre no quise fotos ni besos, por un acaso, alguno de esos diablos no sea pillareño sino que salió de alguna paila del infierno y está bailando en el desfile porque dicen que así sucede.

## LA GYMCANA

**Dorys Rueda**



Durante unas Fiestas del Yamor, el grupo juvenil Junior 3 organizó una gymcana en Otavalo. Los equipos, formados por dos personas, debían cumplir varias pruebas en el menor tiempo posible.

Mi hermano Miguel Ángel y su amigo Nibo Dávila decidieron participar.

Ellos concursaban. Nosotros, sin habernos inscrito, terminamos trabajando para el equipo.

Una de las pruebas consistía en llevar hasta la tarima del parque Bolívar a una muchacha vestida de verde.

¿Dónde íbamos a encontrarla?

La respuesta llegó desde Quito.

Justamente aquel día apareció una prima nuestra que venía a visitar a la familia. Llevaba un terno verde.

Nos miramos. Después la miramos a ella.

—Ven, necesitamos que nos acompañes.

—¿Adónde?

—Al parque.

—¿Para qué?

—Es por la gymcana.

—¿Y yo qué tengo que ver?

Miguel Ángel señaló su ropa.

—Estás vestida de verde.

Mi prima se miró de arriba abajo.

—¿Y?

—Eso es justamente lo que necesitamos.

Creo que todavía intentaba comprender qué relación tenía su terno con una competencia cuando ya la llevábamos rumbo al parque.

Había llegado de Quito a visitar a la familia.

La familia ya le había encontrado ocupación.

Primera prueba resuelta.

La siguiente exigía conseguir una bañista en la piscina de Yana Yacu y llevarla hasta la tarima.

Esta vez no apareció ninguna prima providencial.

Pero teníamos una hermana de quince años.

Ella comprendió nuestras intenciones antes de que termináramos de explicárselas.

—No.

—Es para que Miguel Ángel pueda ganar.

—No.

—Solo necesitamos que nos ayudes.

—No.

Nosotros teníamos varios argumentos. Ella tenía uno solo, pero lo utilizaba con una eficacia admirable.

Insistimos tanto que finalmente aceptó.

Habíamos superado el primer obstáculo.

Faltaba un detalle.

—Tienes que ponerte traje de baño.

Nos miró.

—¿Qué traje de baño?

—Un bikini.

—¡No!

Comenzó otra negociación.

Hubo ruegos, explicaciones y promesas. No recuerdo qué terminamos ofreciéndole, pero al final aceptó también el bikini.

Fue a la piscina de Yana Yacu y entró al agua.

Miguel Ángel y Nibo aparecieron poco después. No le dieron demasiado tiempo para disfrutar del baño. La sacaron del agua, la envolvieron en una toalla y la llevaron al automóvil.

Ya tenían bañista.

Faltaba presentarla ante el jurado.

Cuando llegamos al parque apareció un detalle que, durante nuestras negociaciones, habíamos preferido dejar para después.

Mi hermana debía quitarse la toalla y caminar de un extremo al otro de la tarima para demostrar que llevaba traje de baño.

—¿También tengo que caminar?

—Sí.

Miró la tarima. Después, al público.

—¿Delante de toda esa gente?

También nosotros miramos al público.

—Sí.

Comenzó la tercera negociación.

A esas alturas habíamos conseguido que aceptara participar, que fuera a la piscina y que se pusiera un bikini. No podíamos rendirnos frente a la tarima.

Finalmente accedió.

Dejó la toalla a un lado, respiró hondo y comenzó a caminar.

La seguimos con la mirada.

Llegó al otro extremo.

Se detuvo.

Y giró.

El público aplaudió.

Nosotros también.

Después de tantas negativas, aquel giro había sido iniciativa suya. Nadie se lo pidió.

Con esa prueba, Miguel Ángel y Nibo completaron la gymcana.

Y ganaron.

Regresaron a casa felices, con el premio y una historia de la que nuestros padres todavía no sabían casi nada.

La gymcana había terminado. En casa, sin embargo, faltaba superar una prueba.

—¿Cómo que su hermana estuvo en la piscina? —preguntó mi madre.

Comenzaron las explicaciones.

La piscina llevó al traje de baño.

El traje de baño llevó a la tarima.

Y la tarima llevó inevitablemente al bikini.

—¿En bikini? —preguntó mi madre.

Hubo un pequeño silencio.

Miguel Ángel y Nibo habían ganado la gymcana. El premio estaba sobre la mesa.

Pero, por la cara de mi madre, comprendimos que las felicitaciones tendrían que esperar.

## RECORDANDO A LA TÍA LAURA

Nancy Carrillo



Uno de los personajes más bonitos de mi niñez fue la tía Laura. Así la llamábamos parientes y no parientes; su figura singular, unas veces amable y otras muy seria, será difícil de olvidar.

Cuando éramos niños, nos sentábamos junto a ella a escuchar los innumerables cuentos sobre muertos, aparecidos, duendes, fantasmas que continuamente le visitaban y le dejaban mensajes, su descripción de los personajes del otro mundo nos dejaba no solo atemorizados sino con verdadero pánico. Después de estas historias ya no salíamos al patio en la noche, rezábamos con devoción y no mentíamos porque podía aparecer María Angula o cualquier otro personaje del más allá.

Las niñas de ojos grandes eran las preferidas por el duende, un pequeño que llevaba un gran sombrero y, en las noches, si habías cometido algún pecadillo, se acercaba a tu cama y tiraba de las sábanas. Otras veces se mostraba agradable, se paraba en el umbral de tu puerta y te llamaba. ¡Qué pavor, inocente adrenalina que subía al máximo nivel! Mis hermanas y yo nos mirábamos de

reojo para comprobar si teníamos ojos grandes y nos tomábamos las manos, las apretábamos muy fuerte para no caer en la tentación de seguir al famoso duende.

Estas historias sirvieron más tarde para que los oyentes más jóvenes armaran escenas para amedrentar a los vecinos y amigos. Mi hermano y sus amigos pasaban sus vacaciones en una ciudad pequeña, en donde un pariente de la tía tenía una casa muy vieja, cuentan que, en una ocasión, para matar el ocio de las vacaciones fueron a un terreno deshabitado, allí encontraron una calavera, no se atrevieron a tocarla, pero sí armaron un partido de fútbol con esta improvisada pelota. El castigo por semejante desacato no se hizo esperar. Arrepentidos por la falta de respeto al dueño de la calavera, se acostaron temprano y anticipándose a lo que podía pasar, ocuparon una sola habitación.

A las doce de la noche, esa era la hora nefasta en aquella época, ahora se dice que la hora mala es a las tres de la mañana. Escucharon pasos y una voz profunda, enronquecida y maléfica que gritaba sus nombres. Se apretujaron bajo las sábanas, sosteniéndose unos a otros porque esperaban lo peor; así fue. El supuesto dueño de la calavera se acercó a la cama y tiró de las cobijas. Sus corazones latían a mil por minuto y empezaron a llorar y suplicar. El bromista se dio cuenta de que había llegado muy lejos y se descubrió. Demasiado tarde, uno de los amigos, vomitaba sin parar, temblaba y se llevaba las manos al pecho, sufría del corazón y estaba al borde de un infarto. La situación dio un giro notable.

Arrepentido el hacedor de la macabra broma, tomó al amigo en sus brazos y corrió buscando ayuda médica. Todos tras él, ahora rezando para que no sucediera lo peor, ventajosamente vivían al frente de un hospital y el amigo se salvó.

Los niños crecimos y la tía no dejaba de asombrarnos, siempre ligada al inframundo. Contaba que todas las personas que por entonces morían, venían a despedirse la noche anterior, así lo hizo inclusive el presidente José María Velasco Ibarra. Algunos días anteriores a su muerte le visitó y le dijo hasta siempre amiga: vota por el mejor candidato, aunque en la posteridad existirán muchos impostores que intentarán imitarme. Fanática Velasquista, salía a las calles para vitorear a este gobernante, a quien defendía a capa y espada.

En una de las entradas triunfales de Velasco Ibarra a la ciudad, ella desde un balcón le lanzó una guirnalda de flores, emulando a Manuela Sáenz y al Libertador Simón Bolívar, cuando lo contaba yo quería ser una de esas heroínas que daba la vida por la patria y se veían recompensadas por un gran amor, más tarde, cuando mi curiosidad me llevó a investigar sobre Manuela y el Libertador, terminé afirmando que los hombres son iguales en todos los tiempos.

La tía tuvo una vida austera, sufrió las consecuencias de la pobreza y la falta de afecto. Su madre, una mujer viuda e inválida, le regaló a una vecina; allí empezó a cambiar trabajo de sol a sol por un pedazo de pan y nada de educación. Cuando pudo, se escapó de aquella tutela y viajó a una ciudad más grande en dónde nadie le conocía y sabía de sus orígenes.

Empezó a construir una nueva vida, a reinventarse, diríamos ahora, no sé cómo conoció al que fue su marido, pero no acertó en la elección, el señor más que una ayuda fue una carga y cuando hacía sus trastadas, la tía le castigaba como a hijo malcriado, paliza tras paliza, la pedagogía del momento, cuando no existían psicólogos para largos e inciertos tratamientos, personalmente diría que no fue acoso ni maltrato de pareja, era la metodología de aquel tiempo. ¿Cómo se enseña la honradez y la responsabilidad a un borracho que saca a crédito la bebida y luego pide que le envían la factura a la esposa?, la tía pagaba, pero advertía que la próxima ocasión no lo haría, violencia familiar, quién sabe, pero a veces la vara acompañada de la explicación hace milagros.

La tía nunca se dio por vencida, trabajaba en lo que podía, pero no le faltaba el pan, sacrificaba sus horas de sueño si esto equivalía a unos sucres más para alimentar a los suyos, que en total fueron cinco.

Finalmente, consiguió un trabajo estable en una fábrica, aprendió con facilidad la tarea que le encomendaron y allí permaneció muchos años hasta su jubilación. Empezó a gozar de ciertos beneficios, como una casa y salario fijo con el que educó a los hijos. La tía soñadora del más allá tenía los pies en la tierra y los formó honrados, estudiosos, trabajadores. Nadie le había enseñado que primero hay que educar en valores, los que proporciona el hogar y hace de los seres humanos fuertes y esforzados. Ella y los de su generación le tomaron la delantera a la educación actual. Ahora se enseñan otros valores, la sociedad los propicia y alienta, los medios los proclaman, son menos trascendentes, útiles para una vida vanidosa, superflua, egoísta, así estamos, marchando para atrás.

La primera generación fue de profesionales destacados, la fortuna le sonreía a través de los hijos, se cumplió esa trillada frase de: lo que ella no tuvo lo tuvieron sus hijos, en el buen sentido, es decir, estudios, trabajadores, con holgura económica, supongo que con el ejemplo de la madre educaron igualmente a los hijos.

Los nietos y bisnietos ya fueron muchos; a otro nivel diríamos ahora, viajan, van a los mejores colegios, ocupan cargos importantes; no sé si ella gozó del progreso de esta generación que crece en la abundancia. Vivió muchos años y se resistía a morir porque al fin la vida le sonreía.

La última vez que le vi, ya estaba muy viejecita, me contaba de sus nietos y trataba de recordar los nombres y las proezas de cada uno.

Murió y ahora sí comprobará que aquello que soñaba era cierto o tal vez su mente creativa adornó las creencias que había heredado.

La tía murió muy viejecita, hace un año, hasta las últimas votaciones pidió consignar su voto. Estoy segura de que para estas fechas del mes de abril del 2025 haría igual, y cómo sería su voto, me pregunto.

## UNA LETRA DE DIFERENCIA

**Dorys Rueda**



Tenía 18 años cuando comencé a trabajar como secretaria en el departamento de redacción de un diario de Quito.

La sala de redacción me fascinó desde el primer día. Sonaban los teléfonos, los periodistas entraban y salían, las voces se cruzaban y siempre había una noticia que debía cerrarse a tiempo. Yo observaba aquel movimiento tratando de aprenderlo todo.

Mi jefe era don Lincoln Larrea Benalcázar, un periodista de larga trayectoria, serio, de mirada crítica y presencia imponente. Al principio me intimidaba. Tanto, que antes de acercarme a su escritorio ensayaba mentalmente lo que iba a decirle, por si los nervios decidían adelantarse.

Apenas llegué, me asignó una tarea que no figuraba precisamente entre las funciones habituales de una secretaria. Me entregó un viejo libro de astrología.

—Usted va a escribir el horóscopo.

No recuerdo haberle preguntado qué lo había llevado a pensar que, a mis 18 años, estaba preparada para semejante trabajo.

Acepté.

El libro contenía predicciones para los doce signos del zodiaco. Al principio lo utilicé como referencia, pero pronto investigué, leí y terminé escribiendo los míos.

A Aries le recomendaba controlar sus impulsos y a Tauro le pedía prudencia con el dinero. A Géminis le anunciaba cambios; a Cáncer le hablaba del amor; a Leo le aconsejaba moderar el orgullo y a Virgo le sugería que no se preocupara tanto. Yo, mientras tanto, con 18 años, todavía estaba tratando de averiguar qué hacer con mi propia vida.

Pero cada mañana repartía amor, dinero, viajes, encuentros inesperados y alguna que otra advertencia entre los doce signos con admirable tranquilidad.

Y firmaba: Doris.

Todo marchó bien durante algún tiempo, hasta que una mañana recibí una llamada desde la recepción.

—¿Doris?

—Sí.

—¡Por fin puedo hablar con usted!

Aquello me desconcertó. La joven que estaba al otro lado de la línea comenzó a felicitarme.

—Sus horóscopos son exactísimos. Todo lo que usted dice me pasa.

Eso empezó a preocuparme. Ni siquiera a mí me pasaba todo lo que yo decía.

Me contó que mis predicciones coincidían de manera sorprendente con lo que ocurría en su vida y que incluso la ayudaban a tomar decisiones. Yo la escuchaba entre halagada y alarmada, hasta que llegó la pregunta:

—¿Usted también lee las cartas?

—No.

—¿La mano?

—Tampoco.

Hubo una pequeña pausa.

—¿Y el café?

A los 18 años, lo único que yo sabía hacer con el café era tomarlo.

Intenté explicarle que no ofrecía consultas. Ella parecía decepcionada. Había llamado convencida de que detrás de aquellos horóscopos existía una mujer experimentada, conocedora de los secretos del destino, capaz de mirar una taza y anunciar matrimonios, viajes, fortunas y desgracias.

No tuve valor para decirle que la gran astróloga del diario era una muchacha de 18 años sentada frente a una máquina de escribir.

Me despedí como pude y fui directamente donde don Lincoln.

—Tenemos un problema.

Le conté la llamada. Las cartas. La mano. El café. Y mi preocupación ante la posibilidad de que otros lectores también quisieran consultar personalmente a aquella misteriosa mujer que conocía su futuro.

Don Lincoln me escuchó con seriedad. Yo esperaba una solución acorde con la gravedad del caso.

—Póngase un seudónimo.

Eso fue todo.

Regresé a mi escritorio pensando en un nombre que pudiera ocultar mi identidad y entonces recordé algo ocurrido años antes, durante mi época escolar en Estados Unidos.

Al inscribirme en el colegio, alguien había cometido un error al escribir mi nombre. En lugar de Doris, puso Dorys. Una *y* donde debía ir una *i*. Nadie lo corrigió. El error pasó de un registro a otro con tanta eficacia que terminó incluso en mi diploma de bachillerato.

Años más tarde, aquella equivocación me pareció la solución perfecta.

Dorys.

Ahí estaba mi seudónimo.

Doris era yo. Dorys sería la misteriosa autora del horóscopo. Solo nos separaba una letra, pero yo estaba convencida de que nadie lograría relacionarnos.

Volví muy satisfecha donde don Lincoln.

—Ya tengo el seudónimo.

—A ver.

—Dorys.

Don Lincoln esperó.

—¿Dorys qué?

—Dorys. Con *y*.

—Pero usted se llama Doris.

—Sí. Con *i*.

Me miró. Miró el papel donde yo había escrito mi flamante seudónimo. Volvió a mirarme.

—Ah.

Y se echó a reír.

Luego hizo un gesto con la mano.

—Bueno, Dorys. Vuelva a trabajar.

Y volví.

Durante un año, los horóscopos del diario aparecieron firmados por **Dorys**. Cuando dejé aquel trabajo, me llevé el nombre conmigo. Con él firmé mis primeros artículos y, años más tarde, mis libros.

Quise esconderme cambiando una letra.

Y terminé encontrando mi firma.

## EL MANGO ROTADOR

Nancy Carrillo




**T**engo un dolor extraño en el codo, baja por el entristecido antebrazo, se recrea en la pequeña mano y cubre los entumecidos dedos. Acudí al traumatólogo y el diagnóstico fue múltiple: el manguito rotador está muy débil, yo pensé que lo llamaba con cariño porque en mi caso debe ser pequeño, pero no es así, se llama manguito en todos los seres humanos, el túnel carpiano, que es como su nombre lo indica un túnel por dónde pasan nervios y tendones, situado en la muñeca de la mano, está obstruido por eso me duele tanto, el codo de tenista, otra inflamación de tendón, para su información, puede pasarle aun cuando nunca haya tenido en sus manos una raqueta de tenis, como es mi caso. Tantos males solo tienen un genérico, afectación de la columna.

El médico me preguntó muy inquieto a qué me dedicaba y le dije a la docencia. ¿Será que mis cincuenta años en esta profesión provocaron todos estos desajustes?

Al típico desgaste de los años se ha sumado el estrés (que antes no sabíamos que existía), la tensión diaria y un sinfín de etcéteras que solo los médicos encuentran en tu diario trajín, dejé a un lado las dolencias y empecé por ese recorrido de medio siglo en una profesión para la que no me preparé

porque yo me hice docente en el camino, en el día a día y le tomé tal cariño a este enseñar y aprender que le dediqué la vida entera con sus años, meses, días y horas extras.

Estudié en una universidad extranjera, en aquel tiempo se hablaba de tres, las más prestigiosas en el mundo. Yo tuve la dicha de estar en una de ellas, aquella que decía que en sus filas nunca se graduó un hispanoamericano. Esto sucedía hace cuarenta años, en la actualidad muchos latinos se gradúan, el internacionalismo forma parte de los planes académicos, las barreras para salir del país son pocas y los centros de educación superior ofrecen enormes facilidades, El título de PhD, inalcanzable en otros tiempos, perdió esta cualidad en mi país, cuando en un momento de innovación y poca reflexión, se exigió que los maestros de las universidades tuvieran títulos de PhD los interesados se apresuraron en buscar el título y las universidades en ofrecerlo, algunas fuera del país, ya no fueron tan selectivas. Como todas las cosas en esta vida, funcionó la oferta y la demanda.

Mi objetivo era estudiar periodismo, pero finalmente decidí estudiar lenguas romances. Todos ponderaban lo difícil de ciertas asignaturas y yo debía apostarle a no quedarme en ninguna porque estudiaba con una beca; estaba en juego el patrimonio familiar y mi juventud.

Fueron cinco años de aprendizajes forzados, angustias del posible fracaso, austeridad silenciosa, parodiando al Quijote: sopas con más agua que condumio, de vez en cuando una juerga acompañada de lamentos por perder el tiempo en lugar de estudiar, tareas interminables, cumplir las tres C de todo buen estudiante, cabeza, codos y el tercero queda para que usted buen lector la deduzca. En mi diaria rutina de casa, universidad, biblioteca, pasaba por una iglesia cuya patrona era la santa de los imposibles, Rita. A ella le encomendaba con humilde impotencia, pues me parecía poco probable igualar a mis compañeros que me llevaban por lo menos dos años de preuniversitario. La Santita y yo hicimos el milagro, me gradué, contraviniendo el estigma que hasta entonces existía contra los estudiantes extranjeros.

Confieso que cuando terminé mis estudios y volví al país, todos me felicitaban, pero nadie sabía que mismo era lo que había estudiado y a mi famoso título de lingüística con especialidad en lenguas romances le bajaron a la categoría de profesora de lengua y literatura, adiós a los idiomas aprendidos,

al árabe que ahora solo sé que alguna vez lo estudié y que sería tan útil en estos tiempos.

En aquellos días me urgía la necesidad de trabajar para así dejar de ser una carga para la familia, que se había sacrificado por mí, y que también esperaba de mi ayuda, así que acepté el cambio en mi título, a mi criterio degradado y el primer empleo.

Fui al colegio en donde me eduqué. Las monjitas estaban felices de ver a una de sus exalumnas que se había graduado en una universidad extranjera; me recibieron con tanto cariño, que, si no me voy a tiempo, me hacen superiora.

El título me abrió las puertas de la docencia en varios niveles, universidades y colegios de diverso estrato, de lo que aprendí solo enseñé farmacología en la universidad a inquietos muchachos que querían ser médicos, italiano alguna vez como materia extracurricular, lo demás se perdió en el olvido, en su lugar reforcé el arte de la literatura. Como se dice en el argot popular, para las habilidades lingüísticas mi entendedera está siempre abierta.

En este largo caminar disfruté de lo que hacía, aprendí, cumplí mis sueños de juventud, me enamoré, me desenamoré, traicioné me traicionaron, el tiempo, la juventud y las mal dadas disposiciones ministeriales, (a mi criterio siempre han sido desatinadas) me permitieron cumplir con horarios exhaustivos, ser libre en mis propuestas y métodos de acercarme a los estudiantes con más cariño que sabiduría y gozar con ellos de la poesía y del amor.

Mirando lo que pudo haber sido y no fue y pretendiendo contradecir la máxima de que el tiempo transcurre y no vuelve, reconstruyo hechos que viven solapadamente en todos los entornos, así la sociedad ecuatoriana aún guarda en su vieja retentiva la división de clases y la continuidad de apellidos sonoros y desgastadas estirpes, los niños de la clase bien no se unen con los de la media, menos aún con los que están más abajo, el dinero consigue una aparente democracia, pero late en la memoria la consideración al menos mestizo, Y, al igual que hay barrios para la nobleza pudiente y también para los que viven de viejas glorias, hay colegios donde se congrega lo mejor y más rancio de esta sociedad clasista.

Hay valientes que se atreven a desafiar este designio infernal a costa del sufrimiento de los hijos que deberán luchar a brazo partido para encontrar su sitio y no afectar su identidad.

El dinero de pocos y la pobreza de muchos hace que los niños desarrollen distintas habilidades, recuerdo que mis estudiantes, los que tenían todos los libros y todos los materiales desarrollaban la escucha menos que los del colegio multitudinario en donde teníamos un solo texto y un solo lector, yo.

Cuando entraba al aula y anunciaba: hoy leeremos a Machado, ya con anterioridad el tema había sido anunciado y la estudiante designada tenía a mano, en aquel entonces, el casete con esos versos que nos hacían vibrar: "mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde madura un limonero, mi juventud en tierras de Castilla y algunas cosas que recordar no quiero" y para no interrumpir, seguíamos con Serrat y sus mejores canciones.

Agitar los sentimientos de los adolescentes es fácil si se cuenta con las lecturas adecuadas, con los versos precisos. El maestro debe ser el primer motivado, el que se recrea con la unión de sustantivos y adjetivos, el que explica una metáfora o y vive la ternura de una dislocada antítesis. El cansancio y el hambre desaparecían cuando cantábamos con el alma la famosa Penélope, situación que aprovechaba para hablar el tema de la fidelidad en la Literatura y cuando llegábamos a aquellos versos de Penélope sentada esperando a su amado y no se sabe si enloqueció y olvido su cara y su piel y al volver a verle proclamó: tú no eres quien yo espero, mi voz, y la de mis inolvidables adolescentes se quebrantaba ante tal desilusión.

Qué etapas tan bonitas, merecen este dolor del manguito rotador, recuerdo que el concurso del libro leído, que era casi obligatorio, lo cambiamos por: la película mejor contada, escogimos una muy comentada entonces, en los cines de la ciudad, "la vida de Edith Piaff", en francés la película se llamaba Le Mom. Y allá nos lanzamos, yo apenas recordaba el francés, pero mis estudiantes memorizaron algunas canciones entre ellas "La vida en rosa", improvisaron un organillo, buscaron detalles para representar escenas de la vida de Edith y montaron la representación con tal maestría, porque para ellas no había obstáculos.

Todo el colegio quería asistir e hicimos varias presentaciones porque en el auditorio apenas cabían cincuenta; el escenario de estos sucesos era mi colegio fiscal, aquel que albergaba a la clase empobrecida aunque no miserable, estas jóvenes aún soñaban con un futuro mejor, con cargos públicos que a largo de los años adormecen, empleo seguro que alivia la economía, pero en el que se deja la vida, días amarillos y grises, triste monotonía, en la que no encuentras los bienes del alma como dice Platón.

Cambiar tu sociedad y el mundo con estos incipientes elementos es titánico. Dejar que el tiempo pase y vivir las etapas de niñez, juventud, madurez y senectud es el objetivo, sin mayores contratiempos, acomodados, irreflexivos, porque es mejor no pensar.

Ahora diría que ayudé a las alumnas de aquel tiempo a desarrollar la "mentalidad internacional", la curiosidad, "la mente abierta". Cualidades maravillosas del perfil de Bachillerato Internacional que nos empeñamos en que lo cumplan los estudiantes, sin que sea obligatorio en algunos maestros que siguen practicando sus viejas miserias de racismo, falta de empatía y desamor. Repetimos que la educación es la salvación de los pueblos, y así es, siempre que no venga cargada de más estigmas para el que menos tiene.

Creo que ellas y yo aprendimos que los romances tan esperados no siempre tienen el añorado final feliz. Que aquellos de telenovela son de muy corta duración y para rematar lo dicho acudíamos a "la vida es dura, amarga y pesa, ya no hay princesa a quien cantar".

Como mis estudiantes eran tan felices con las lecturas que les proponía, las organicé por temas, con los respectivos comentarios y ejercicios, un librito del gusto de las adolescentes, poco nos duró esta forma divertida de aprender, una orden superior eliminó las iniciativas e impuso un listado de temas y autores que no coincidían con el gusto juvenil.

Escribir planificaciones, informes, registros y cientos de documentos para ejercer la docencia, acabó con la imaginación y la creatividad, la lectura se convirtió en el manjar de los dioses, inalcanzable. Y ya se sabe, "el pueblo que no lee, cree todo lo que le dicen".

Hay otros programas que rescatan lo bueno de la enseñanza, pero no son para todos. El pueblo es el pedestal de los más afortunados, y para los de abajo aún no se observa que la educación sea un progreso.

La pandemia fue la espada de Damocles en los barrios pobres, los niños sin internet, teléfonos, tablets y computadores retrasaron o abandonaron su formación, tres años de abismal diferencia entre los letrados e iletrados, excluidos de la educación y el trabajo, prometeos que no lograrán escapar de su destino de vidas breves y violentas.

No puedo negar mi dicha al contemplar a los alumnos de antaño que se destacan en la vida pública, a algunas escritoras que triunfan en el difícil arte de las letras, a médicos, diplomáticos, profesores. Otros empequeñecieron mi corazón cuando me contaron su incansable búsqueda de trabajo, que desatino. La carrera que escogieron ni colma sus anhelos, ni garantizan su dignidad material.

Y ahora sí sé dónde, cómo y cuándo se agravaron mis males, esto es evidente, pero las molestias ceden a las inolvidables memorias.

# EL CASCO

**Dorys Rueda**



A los diecinueve años comencé a trabajar como secretaria en una gran fábrica de materiales de construcción.

Lo que más me entusiasmaba era el sueldo.

No porque tuviera grandes proyectos financieros.

Quería comprar libros, ir al cine y viajar.

El transporte de la empresa me recogía puntualmente a las cinco y media de la mañana en el norte de Quito. Durante una hora atravesábamos el norte moderno, el Centro Histórico todavía medio dormido y, finalmente, el sur industrial, con sus fábricas, camiones y trabajadores que comenzaban la jornada.

Yo intentaba dormir durante el trayecto.

Nunca lo conseguía.

A las seis y media ya estaba en mi oficina, situada junto a la del gerente, un suizo de unos cincuenta años, serio, metódico y de pocas palabras.

Mientras yo organizaba mis tareas y comenzaba a escribir a máquina, el señor del comedor me dejaba el desayuno. Después llegaban los teléfonos, las cartas, los documentos y el movimiento habitual de la jornada.

Los trabajadores almorzaban juntos en el comedor. Como era la única mujer en la empresa, yo tenía una pequeña sala donde almorzaba aparte.

Un día, mientras almorzaba, alguien golpeó la puerta.

Era uno de los trabajadores de la planta, un joven de unos veinticinco años.

—El sábado vamos a participar en la marcha por el Día del Trabajador —me dijo—. Queremos que venga con nosotros.

—¿Yo?

—Claro. Usted también trabaja aquí. Tiene que comprometerse con la empresa y con su gente.

Yo llevaba poco tiempo en la fábrica y quería integrarme. Y, a los diecinueve años, aquello de «comprometerse con la empresa y con su gente» me sonó muy serio.

—Está bien. Voy.

Me indicó la hora y el lugar donde debíamos encontrarnos.

—La esperamos.

Y se marchó.

No recuerdo que me preguntara si me gustaban las manifestaciones.

A mí tampoco se me ocurrió preguntármelo.

El sábado llegué al centro de Quito a la hora convenida.

Apenas me vio, el mismo trabajador que me había invitado corrió hacia mí.

Ni siquiera me saludó.

Me puso un casco en la cabeza.

—Póngase esto. Por si acaso.

Era un casco de obrero que me quedaba dos tallas grande. Se me iba hacia un lado y hacia el otro, y yo trataba de acomodármelo sin que terminara sobre mis ojos.

No pregunté qué significaba exactamente «por si acaso».

Lo averigüé pocos minutos después.

De pronto, alguien llegó apresurado.

—¡Más abajo la policía está lanzando bombas lacrimógenas!

Yo no había visto nada.

Pero enseguida comencé a sentirlo.

El olor llegó primero. Después me ardieron los ojos y empecé a lagrimear.

Mientras todavía intentaba entender qué estaba ocurriendo, uno de mis compañeros me tomó del brazo.

—¡Vamos!

No tuve tiempo de preguntar adónde.

En un dos por tres me sacó de allí.

Había llegado dispuesta a participar en mi primera manifestación y ya estaba saliendo de ella.

Ni siquiera había conseguido acomodarme bien el casco.

El lunes regresé a la fábrica.

A las seis y media estaba nuevamente en mi oficina, frente a mi máquina de escribir, dispuesta a comenzar la jornada.

El gerente me llamó.

—Dorys, venga un momento.

Entré en su oficina.

Estaba muy serio.

—Siéntese.

Me senté.

—Me contaron lo del sábado.

Abrí la boca para responder, pero no me dio tiempo.

—Me dijeron que estuvo en primera fila durante la manifestación. Que hubo enfrentamientos entre la policía y los manifestantes, que lanzaron bombas lacrimógenas y que usted estaba en medio de todo aquello con un casco puesto.

Lo miré.

—Pero...

—Déjeme terminar.

Y lo dejé.

Mientras hablaba, intentaba reconocerme en aquella historia.

Primera fila.

Enfrentamientos.

Bombas lacrimógenas.

Yo en medio de todo aquello.

Había ido a una manifestación y el lunes me estaban contando otra.

Solo había un detalle que coincidía.

El casco.

Ese sí lo había llevado puesto.

—Y ahora escúcheme bien, Dorys. No quiero que vuelva a participar en una manifestación.

—Pero...

—En ninguna. Con una ha sido suficiente.

Me miró unos segundos.

—No quiero que vuelva a ponerse en peligro. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien. Entonces, a trabajar.

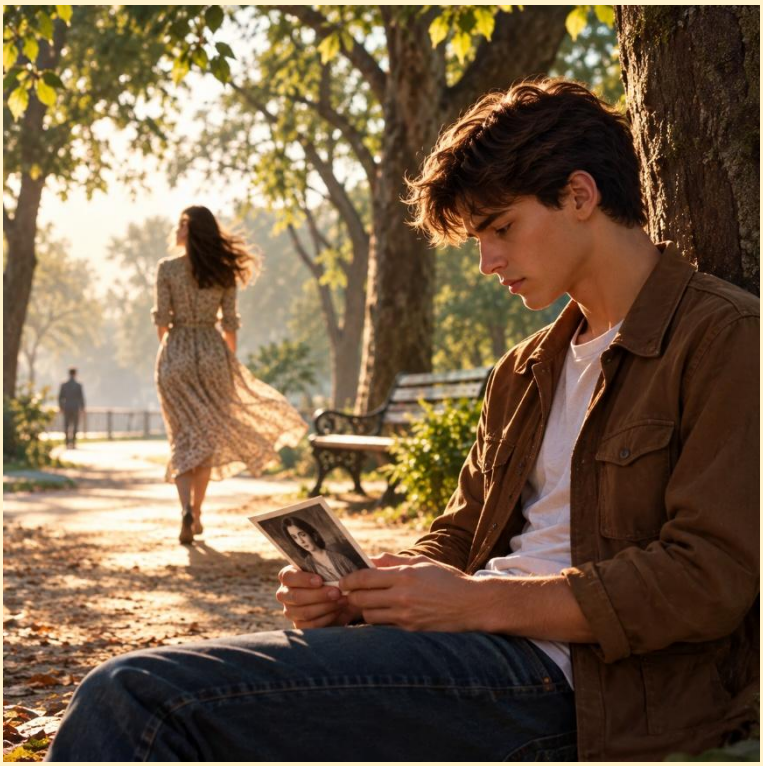
Y fui a trabajar.

Regresé a mi escritorio, acomodé los papeles y me senté frente a la máquina de escribir.

Allí, por lo menos, no necesitaba casco.

# MARGARITA

Nancy Carrillo



Se llamaba Margarita y era tan dulce y bonita como la que describe Rubén Darío en su cuento para Margarita Debayle, esa niña hermosa que todo lo tenía, pero mimada y caprichosa quería una estrella para adornar un prendedor, como no la complacían se marchó a buscarla sin pensar en lo que vendría después; solo quería esa luz luminosa que pensó le haría feliz.

Mi Margarita igualmente buscaba lo imposible en el grupo de mis amigos, entonces estudiantes, jóvenes de buen ver y de familias notables, todos perdidamente enamorados de su belleza, de su porte elegante, de sus finas maneras, de su andar distinguido, la veíamos pasar esperando una sonrisa, pero ella flotaba en una nube de superioridad que nos hacía sentir que no éramos dignos de pretenderla, ninguno alcanzaba el brillo del lucero que ella buscaba.

Pasaban los días y de pronto se dignó mirarme y sonreírme, era una evidente elección, finalmente tenía un escogido, los amigos entre risas, codazos e insinuaciones me dijeron ahí está, eres el afortunado, te ha parado bola, como se decía en el argot juvenil de aquellos años. Eso creí y desde aquel día le puse

más empeño a mi vestido, a mi andar y a soñar con ella noche y día, en la calidez de su piel, en sus labios rojos, en qué le diré, a dónde le invitaré, qué regalo será el adecuado para esta princesa.

Acostumbrados a verle caminar por nuestras veredas, un día desapareció como por arte de magia. Todos notamos su ausencia, comentamos y extrañamos sus pasos apresurados y provocativos. Creo que hasta lloré, al no verla más, pasé de la ilusión de una mirada con supuestos mensajes, al desencanto de haberla perdido para siempre. Me invadió una sombría y fría nostalgia, y mis ojos fatigados se cansaron de buscarla. Muchas veces me repetí: ¿es digno sufrir por alguien de quien casi nada conozco?, sufrir por unos ojos ingratos, por una voz que nunca escuché. Tardé en recuperarme y dejé de acudir a la esquina y el bar en donde nos reuníamos con los amigos. Ya no tenían importancia, se convirtieron en sitios de encuentros y desencuentros impredecibles.

Decidí entregarme, por entero, a mis estudios, a la lectura que es mi pasatiempo favorito. A dejar de compararla con todas las hermosas artistas del momento, a borrarla de mi vida porque su paso fue fugaz, a soñar con una mirada a la que yo atribuía miles de mensajes, a cambiar mi vida porque sumergirme en lo que pudo haber sido y no fue, me desgastaba física y emocionalmente, me había enamorado de una sombra y todas las bondades de su corazón eran producto de mi ensoñación. No podía seguir seducido por un ser creado en mis desvaríos.

Pasaron algunos años y me enteré de que se casó con uno de mis compañeros, tal vez el más seductor, el que le pintó un mundo diferente, el que podía brillar en su prendedor. Mi mente y mi corazón ya se habían tranquilizado, pero aún la extrañaba. En mis largas noches culpaba a mi timidez que no me permitió responder al mensaje subliminal de su mirada y me dejé arrebatar a la reina de mis sueños juveniles.

Un día, alguien me contó que Margarita vivía en el extranjero, no quise investigar si sola o acompañada, si era feliz o no, corría el riesgo de resucitar este romance producto de mi mente casi enfermiza.

Empecé a trabajar en mi tesis de grado, me faltaba muy poco para graduarme como médico especialista, repentinamente recibí una apasionada

carta que me hablaba de ese sentimiento que también floreció en su corazón, a esa le siguieron otras, cada vez más ardientes, saturadas de frases amorosas, de fogosas palabras que había querido trasmitirme en esa única mirada, de planes futuros para un apasionado romance.

Volví a tambalearme en la cuerda de mis sentimientos y me prometí que en esta vez las miradas se harían palabras y que finalmente podría disfrutar de esa pasión desbordada que decía en sus cartas.

Me contó el día que volvía al país, la hora y el lugar en donde podíamos encontrarnos, anhelante empecé a soñar con el momento, y llegó, la vi un tanto deslucida y apagada, se acercó, me dio un ligero beso en los labios y presurosa caminó entre la gente para desaparecer una vez más.

Desconcertado, no supe si buscarla o dejar que el instante esperado se convirtiera en inolvidable desconcierto, no tuve tiempo de reflexionar y volví a mi carro con más preguntas que explicaciones.

Dejé nuevamente que los años acabaran con este enigmático apego. Me casé con una mujer valiosa a quien quiero mucho y que me ofrece la frescura del mensaje cierto y directo, con ella no hay insinuaciones ni mensajes sugestivos.

Un día al mirar la lista de pacientes que debía atender vi el nombre de este amor oculto en las sombras del recuerdo, pensé tal vez un homónimo, pero no, era ella, los años se han ensañado en ese rostro en otro tiempo hermoso, ya no es la princesa que me deslumbró, con frío profesionalismo le pregunté que le pasaba, me habló de un dolor que no logró explicar en dónde.

Le di alguna medicación y le pedí que si el dolor continuaba visitara a un compañero que tenía igual especialidad porque yo salía del país.

Pensé que tal vez era un pretexto para iniciar una relación que nunca se dio, pero no le di la oportunidad y preferí sepultar ese atisbo de emoción y curiosidad que de todos modos despertó en mí. Y para mis adentros, me dije, recibió el castigo por buscar un enorme brillante para lucir en su prendedor.

## FALSA CARTOMÁNTICA

**Dorys Rueda**



**M**i amiga siempre llevaba una baraja en la cartera.

No era para jugar.

Leía el futuro.

O, por lo menos, eso decía.

En la oficina éramos todas mujeres y, desde que comenzó a leernos las cartas, la hora del almuerzo cambió por completo. Antes queríamos saber qué había de comer. Después queríamos saber qué nos deparaba el destino.

La comida perdió importancia.

Bastaba que mi amiga sacara la baraja para que nos reuniéramos a su alrededor. Mezclaba las cartas, las extendía sobre la mesa y comenzaba a estudiarlas con una concentración que imponía respeto.

De vez en cuando fruncía el ceño.

Eso siempre preocupaba.

—¿Qué pasa?

Ella volvía a mirar las cartas.

—Esperen.

Y esperábamos.

Las más interesadas eran, por supuesto, las que tenían algún problema amoroso. Querían saber si él volvería, si aparecería alguien nuevo, si aquel silencio significaba algo o si las cartas veían un futuro más prometedor.

Mi amiga siempre encontraba algo.

Yo no estaba demasiado convencida de sus poderes.

Al principio aquellas sesiones me divertían. Con el tiempo comenzaron a cansarme. Las consultas sobre amores, trabajos y futuros todavía por estrenar parecían no terminar nunca.

Entonces se me ocurrió una manera de demostrarle que no hacía falta ningún don especial para acertar con una baraja.

Le dije que yo también sabía leer las cartas.

Su reacción fue inmediata.

—¿Tú sabes?

—Claro.

Lo dije con una seguridad que no tenía ninguna relación con la verdad.

—¡Léemelas!

—Aquí, imposible.

—¿Por qué?

Necesitaba una respuesta.

—Hay demasiadas distracciones.

Mi amiga miró alrededor.

Yo continué, ya metida en el personaje.

—Para hacer una buena lectura necesito tranquilidad. Un lugar sin preocupaciones, sin estrés... donde circule energía positiva.

—Entonces ven el fin de semana a mi casa.

Acepté.

Pero yo no sabía leer las cartas.

Ni siquiera sabía qué cartas se utilizaban para leerlas.

Así que me puse a investigar.

Averigüé qué barajas se utilizaban, cómo se mezclaban y qué rituales acompañaban una lectura.

Si iba a ser una falsa cartomántica, por lo menos tenía que prepararme para el papel.

El fin de semana llegué a la casa de mi amiga.

Había investigado.

Creía haber previsto casi todo.

Menos un pequeño detalle.

No tenía baraja.

—Olvidé mis cartas —dije con toda la naturalidad que pude—. Préstame las suyas.

Mi amiga fue a buscarlas.

Las cartas que había olvidado, por supuesto, no existían.

Tomé la baraja y la mezclé siete veces. Había leído que debía hacerlo así y, a esas alturas, respetaba escrupulosamente las reglas de una práctica en la que no creía.

Después puse las cartas boca abajo.

—Ahora baraja tú.

Lo hizo.

Comencé por el pasado.

Miré las cartas con mucha atención.

No entendí absolutamente nada.

—Usted ha sufrido mucho.

Mi amiga asintió.

Habíamos empezado bien.

Volví a mirar las cartas.

—También veo a alguien...

—¿Un hombre?

Eso facilitaba bastante las cosas.

—Sí. Un hombre.

—¿Quién?

Eso ya las complicaba.

Me concentré en la baraja.

—Todavía no aparece con claridad.

Continué con una sorpresa próxima, algunos cambios y mejores oportunidades en el trabajo.

Mi amiga estaba encantada.

Yo también.

El experimento había funcionado.

Había llegado el momento de confesar.

—Ahora tengo que contarte una cosa...

No alcancé a terminar la frase.

Su padre entró en la habitación.

Miró las cartas sobre la mesa.

—Usted lee la baraja.

No era una pregunta.

—Léame a mí.

Intenté excusarme, pero no hubo manera.

Volví a tomar las cartas.

Mientras barajaba, lo miré de reojo. Tenía cierto aire de conquistador y yo necesitaba urgentemente por dónde empezar.

Volví a tomar las cartas.

Mi amiga se quedó junto a nosotros, pero desde el principio hizo como si aquella lectura no fuera con ella.

Mientras barajaba, miré de reojo a su padre. Tenía cierto aire de conquistador y yo necesitaba urgentemente por dónde empezar.

Extendí las cartas.

—Aquí veo amores.

Él sonrió.

Mi amiga siguió haciéndose la desentendida.

Hablé de algunas historias del pasado, de conquistas y desventuras sentimentales. Él escuchaba y, de vez en cuando, asentía.

Yo empezaba a preocuparme por mi propio éxito.

Llegó el presente.

Miré una carta.

Luego otra.

—Aquí aparece una mujer.

Él me miró.

Hice una pausa.

—Pero no es su esposa.

Silencio.

Mi amiga continuó como si no hubiera oído nada.

A esas alturas ya no sabía si estaba leyendo las cartas o buscando problemas.

—Ese romance no va a terminar bien —continué—. Lo mejor que puede hacer es reconquistar a su esposa.

Su padre me observó unos segundos.

Entonces soltó una carcajada.

—Veo que usted tiene habilidad con los naipes.

Después de aquello, ya no supe cómo confesar que toda la lectura había sido inventada.

Mi amiga siguió convencida de sus poderes.

Y desde aquel día, también de los míos.

# TAICHÍ

Nancy Carrillo



**L**a muerte de Alain Delon me obligó a un viaje de vuelta a mi adolescencia y a los años de sentimientos castos e inexplicables, mis amigas y yo, que en la actualidad no queremos que el tiempo gane nuestras batallas, vivimos sus películas y nos enamoramos de su mirada seductora, sus palabras suaves y acariciadoras, queríamos hablar el francés y viajar a París. Empezábamos ese mundo de inocente ensoñación cuando el amor es el sentimiento noble e infinito que no sabe de avatares y tristezas. Todas queríamos un Alain en nuestras vidas y habíamos hecho de su nombre un adjetivo. Cuando encontrábamos un galán bien parecido, nos referíamos a él como a un Alain.

El tiempo no detuvo la vejez, Alan siguió conservando hasta su muerte su irresistible encanto, nosotras, en cambio, hacemos todo lo que nos sugieren para envejecer con dignidad y decoro, la vejez no viene sola y hay que mitigar

las presencias indeseables, típicas del deterioro cognitivo o físico y acudimos a conocimientos ancestrales que apenas conocíamos.

El TAICHÍ y el YOGA, que eran casi desconocidos, hoy están en la agenda de los de adultos mayores, de los que ahora disfrutan de ciertas comodidades, después de una juventud esforzada, valiente, entregada al trabajo y a la familia.

Dejo a los expertos la explicación científica de por qué estas modalidades de gimnasia, producto de saberes ancestrales de las culturas orientales, son beneficiosas para alcanzar una vejez digna y saludable. Paso a contar mi experiencia personal en el TAICHÍ.

Empecé cuando leí un anuncio en el mural de mi edificio en el que se informaba sobre clases de este arte marcial en un lugar muy cercano a mi domicilio.

Las primeras sesiones fueron de suaves movimientos y respiraciones acompasadas, previamente dos amigas y yo tuvimos que ponernos de acuerdo con nuestra derecha e izquierda, sabemos en dónde están, pero coordinar pierna izquierda brazo derecho y viceversa acompañados de inhalación, exhalación, exige concentración, manos, pies y respiración trabajando juntos es uno de los beneficios inigualables del TAICHÍ, cuando finalmente lo consigues y te mueves rítmicamente, sientes que el cuerpo va y viene como una pluma llevada por el viento.

En mi caso siento como los ejercicios de respiración acaparan mi mente, me tranquilizan y permiten instantes para enviar a mi cerebro órdenes como: estoy armonizada, todo mi cuerpo funciona bien, solo tengo pensamientos positivos, esto es fabuloso, si tenemos en cuenta que cuando empezamos a envejecer hay añoranzas y sensaciones de nostalgia de las que es necesario salir y vivir el presente.

Los pasos que se dan en el TAICHÍ son elegantes y armoniosos, sacas el pie derecho con suavidad, giras el cuerpo, los brazos acompañan el movimiento, recoges el pie con solemnidad para sacar el izquierdo y hacer el mismo movimiento y así, todo muy relajado y suave, la función principal es llevar energía renovada a todas las partes de tu cuerpo. Debes sentir la energía que sube y baja y que se irradia como una luz blanca que ingresa a través del cerebro.

Aún soy una principiante en esta actividad, espero con el tiempo contarles otras experiencias en las que siento la ayuda de la práctica del TAICHÍ.

También ingresé al yoga, un poquito más fuerte, con movimientos que exigen concentración, control de la respiración y armonía en los movimientos, lo más hermoso fue realizar ejercicios de cambios de postura, de estiramiento, confirmar que puedo hacerlo me causó profunda satisfacción, después de un período de vértigos y mareos que me impedían girar y caminar sin miedos.

También ampliamos el círculo de amigas y cultivamos las relaciones sociales a través del juego, así todas las hormonas de la felicidad están presentes.

Los datos sobre la población ecuatoriana no son muy halagadores, la población activa disminuye mientras la de adultos mayores crece, de tal manera que si ahora somos 1476.589, para el año cincuenta esta cifra se habrá triplicado, puesto que la esperanza de vida es mayor. Por lo tanto, tener una población que se va poniendo vieja, pero, no envejecida y llene de achaques, será beneficiosa para las familias y para el país.

Algún momento dejaremos de vivir, ojalá sea en santa paz y calma, como dicen que murió Alan, nuestro eterno ídolo. Hasta tanto, aprendemos a no dejar que se escapen nuestras habilidades físicas y mentales, a vivir en soledad y a amarnos los unos a los otros, como lo dice el Evangelio.

## LOS SUCRES

**Dorys Rueda**



**E**n 2001 recibí una invitación para visitar las instalaciones del Bachillerato Internacional en Cardiff, Reino Unido.

Cuando tres amigas supieron que también pasaría por Londres, me hicieron un encargo bastante particular.

Las tres rondaban los treinta años, estaban solteras y querían encontrar pareja.

Al parecer, yo podía colaborar.

—Cuando estés en Londres tienes que hacernos un favor.

—¿Qué favor?

—Lanzar una moneda en una fuente y pedir que encontremos pareja.

—¿Las tres?

—Las tres.

Y, para que no hubiera posibilidad de olvido, me entregaron las monedas.

Eran sucres.

Ecuador acababa de dolarizarse y aquellas monedas ya no circulaban. Mis amigas, sin embargo, confiaban en que todavía conservaran algún poder en asuntos del corazón.

Guardé los tres sucres en la cartera y viajé con ellos.

Después de cumplir con las actividades previstas en Cardiff, regresé a Londres. Tenía muchas cosas que conocer, pero también tres deseos pendientes.

Han pasado veinticinco años y ya no recuerdo cuál era aquella fuente. Lo que sí recuerdo es que llegué hasta ella con los sucres en la cartera y la misión perfectamente clara.

Cerca del lugar conocí a un hombre de origen indio, bastante mayor que yo, que frecuentaba la zona. Conversamos un momento y me habló de aquella costumbre de lanzar una moneda al agua y confiarle un deseo.

Yo lo escuchaba con atención.

Él no sabía que yo llevaba tres.

Cuando llegó el momento, saqué las monedas.

Comencé por la primera.

Pensé en mi amiga, pedí que encontrara pareja y lancé el sucre al agua.

Después vino la segunda.

Otro nombre. Otro deseo.

Con la tercera procuré concentrarme bien. No quería que, por un descuido mío, los pedidos terminaran cruzados.

La lancé.

Tres amigas.

Tres sucres.

Tres posibles maridos en trámite.

Había cumplido.

Regresé a Ecuador satisfecha con mi gestión sentimental en territorio británico.

Pasaron los meses.

Después, los años.

Y aquella operación londinense no produjo exactamente los resultados esperados.

Ninguna de mis tres amigas encontró pareja.

Yo sí.

Con el tiempo he pensado que quizá cometimos algunos errores.

Para empezar, nunca averiguamos si aquella fuente se ocupaba de asuntos sentimentales.

Tampoco especificamos demasiado el pedido. Mis amigas querían marido, pero nunca dijeron si debía ser ecuatoriano, británico o si la nacionalidad quedaba a criterio de la fuente.

Y luego estaban las monedas.

Eran sucres que ya habían salido de circulación. Pretender conseguir tres maridos con monedas que ya no tenían valor quizá era exigir demasiado.

Aunque también pudo fallar el procedimiento.

Las interesadas estaban en Ecuador.

Yo llevé las monedas hasta Londres, pedí por cada una y las lancé al agua.

Tal vez la fuente tomó nota de quién hizo el trámite.

## MI PRIMER EMPLEO

Nancy Carrillo



Tenía 24 años y llegaba a mi país, con un honroso título de la Universidad Complutense de Madrid, fueron seis años de ausencia y me encontraba con un lindo título bajo el brazo, con muchas ganas de trabajar para aliviar el sacrificio de mis padres y sin oportunidades para conseguir el añorado empleo.

Mi título de licenciada en Lingüística Hispánica con especialidad en lenguas románicas, sonaba muy bien, pero nadie sabía de qué mismo se trataba y qué campos abarcaba, en las universidades no existía esta carrera y para convalidarlo le bajaron a una licenciatura en letras, especialidad Literatura.

Aunque esta disminución a mi título no me gustó, con el nuevo tampoco se abría puerta alguna.

De pronto pareció que llegaba la oportunidad soñada. Un amigo de la infancia, Alfredito Salas, que cursaba el último año de bachillerato en un colegio particular, masculino, prestigioso y muy conocido en Quito, me contó que necesitaban una profesora de Literatura. La que tenían se marchó sin dar explicaciones. Me pidió presentarme para ocupar esta cátedra; debía hacerlo a

la brevedad posible para evitar que otros aspirantes al puesto se adelantaran. Él se había anticipado y fijó un día y hora para presentarme al rector y a sus compañeros.

Llegó el momento, con mi juventud desbordante de alegría e ilusión por el empleo que ya creía mío, acudí a la cita. Cuando pasábamos por los corredores camino a la oficina del rector, los estudiantes salían a la puerta y decían: Salas, presenta, Salas no te hagas el tonto, Salas buen gusto, Salas dónde encontraste esa nena, Salas... Salas… Salas… Salas… y los piropos llovían.

Llegamos a la sala del rector, me recibió muy amable, hizo unas cuantas preguntas respecto a la materia, a mi estadía en Europa, me felicitó por mis conocimientos. Fuimos al aula, los estudiantes ya nos esperaban. Cuando entramos, todos saludaron con mucha cortesía. El rector me presentó y no faltaron las preguntas como: ¿cuántos años tiene?, ¿tiene novio?, ¿está casada?. No faltó el más audaz que dijo: "a mí me gustan las viejitas, le siguió otro valiente y a mí las que usan faldas". Otro se lanzó con: espero que nos enseñe a escribir poemas y cartas de amor para dedicarle alguna. Pensé que el rector diría algo, pero no se pronunció, dio por terminada la presentación y me llevó a su oficina. También él había sonreído con las audaces preguntas y me dijo: "Se da cuenta, no han respetado ni siquiera mi presencia para soltar sus elogios y ocurrencias, qué harán si están solos". Lamento decirle que a lo mejor perdemos a una gran maestra, pero vuelva cuando tenga unos años más. Así se inició y terminó mi primer empleo. Cuando llegué a mi casa y conté lo ocurrido, todos reímos con el disparate y mi padre anunció sabiamente que ya vendrán otras oportunidades.

## CUANDO EL AMOR SE CONECTA EN LÍNEA

**Dorys Rueda**




**H**ace 26 años, en la bulliciosa sala de profesores de un colegio femenino, tres colegas llegaron a una conclusión preocupante: mi vida amorosa necesitaba una intervención urgente.

Yo no compartía el diagnóstico.

Pasaba los fines de semana perfectamente feliz entre un buen libro, las películas en cable y Beto, mi encantador cocker spaniel. Tenía a Agatha Christie, las novelas de autores rusos, maratones de *Star Wars* y un perro que jamás discutía conmigo.

A mí me parecía una vida bastante completa.

A mis amigas, no.

Ellas veían un caso que requería atención inmediata.

Así que, armadas con una computadora enorme, que hacía suficiente ruido como para anunciar cada conexión al edificio entero, y un internet que

avanzaba con la serenidad de quien no tenía ninguna prisa, me inscribieron en una página que prometía ser el lugar ideal para conocer amigos.

Yo no estaba presente.

Ese pequeño detalle no pareció preocuparles.

Con gran dedicación crearon mi perfil. Buscaban a un hombre de entre 40 y 45 años, con estudios superiores, sin compromisos y que disfrutara del cine, la pintura, la música, el fútbol y la literatura.

La selección fue rigurosa.

Demasiado rigurosa.

—Este parece interesante, pero ¿qué hacemos con esa barba?

—Miren este. Tiene buena sonrisa.

—Sí, pero esos lentes...

Lo decía una de ellas mientras se acomodaba los suyos.

En pocos minutos, la sala de profesores dejó de parecer una sala de profesores y se convirtió en un comité de selección matrimonial. Faltaban únicamente las carpetas de méritos y las entrevistas personales.

Hasta que apareció Héctor.

—Este es —sentenciaron.

Y las tres estuvieron de acuerdo, cosa bastante más extraordinaria que encontrar al candidato.

Al terminar mi jornada, cuando ya estaba lista para regresar a casa, mis compañeras me llevaron a la sala de profesores. Una de ellas, incapaz de disimular el entusiasmo, hizo el anuncio:

—Dorys, tenemos una sorpresa para ti. Un buen proyecto.

La palabra *proyecto* debió ponerme sobre aviso.

Me explicaron lo de la página, el perfil que habían creado sin mi participación y, finalmente, su decisión.

—Hemos elegido al mejor. Se llama Héctor y es profesor de Matemáticas.

Ahí comenzaron mis dudas.

Podía aceptar una cita a ciegas. Lo que no sabía era si estaba preparada para una ecuación.

—Solo espero que sepa hablar de literatura —les advertí—. Si en la primera cita saca una fracción, me voy.

Mis amigas consideraron que exageraba.

Yo consideré que ellas no conocían suficientemente bien mi relación histórica con las matemáticas.

El día de la cita llegó un viernes de enero. Tomé un taxi y, durante el trayecto, me arreglé un poco el cabello y me pinté ligeramente los labios mirándome en el espejo retrovisor.

Llegué a una cafetería en la avenida Amazonas y Mariana de Jesús.

Entré algo nerviosa y miré alrededor.

Todos estaban en pareja o en grupo, excepto un hombre que permanecía solo junto a la barra.

Era alto y tenía una elegancia discreta. Llevaba un abrigo negro impecable y, sobre la barra, había dos rosas rojas, colocadas como si esperaran su momento para entrar en escena.

Pensé que debía ser él.

Y justo entonces el pianista comenzó a tocar.

La escena tenía algo de película. Solo faltaba que alguien gritara «acción».

Me miró, se levantó y, después de saludarnos, me entregó las flores con una sonrisa que consiguió disminuir mis nervios.

Nos sentamos.

Héctor empezó a hablar de Bach y de música clásica.

Ni una ecuación.

Ni una raíz cuadrada.

Respiré tranquila.

Tal vez mis amigas sabían lo que estaban haciendo.

Yo le hablé de literatura, de sueños y del Aucas, «el ídolo del pueblo». Él, hincha de El Nacional, decidió no discutir. Primera señal de que aquello podía funcionar.

La conversación avanzó sin esfuerzo, tranquila, sin prisas.

Y aquella primera cita tuvo una segunda.

Después otra.

Y muchas más.

Durante dos años compartimos cenas, cine, conciertos, exposiciones de arte, partidos de fútbol y largas conversaciones. Héctor, además, tuvo la delicadeza de no someterme jamás a una prueba de Matemáticas.

Finalmente nos casamos y seguimos compartiendo el gusto por el arte, la música, el fútbol, el cine y la literatura.

En el fútbol, cada uno con su equipo.

De matemáticas no hablamos.

Hemos descubierto que todo matrimonio necesita ciertos acuerdos fundamentales, y esos son algunos de los nuestros.

Aquel «buen proyecto» de mis amigas sigue funcionando veintiséis años después.

Sin necesidad de actualizaciones.

## EN EL AREOPUERTO

**Nancy Carrillo**




-- ¿**C**uál es la finalidad de su viaje?

- Turismo

- ¿Cuánto tiempo permanecerá y en dónde?

-Quince días en un hotel.

-Siga hacia la izquierda y espere en la primera oficina.

- ¿Pasa algo?

- Ya se le informará, por el momento vaya al lugar indicado y espere.

Camino hacia una oficina solitaria, minutos de incertidumbre y temor. ¿Qué pasa, Dios mío? ¿Alguien ha contaminado mi maleta y han encontrado alguna sustancia prohibida? Tengo miedo de los imprevistos, nunca se sabe y a veces los más inocentes nos vemos involucrados en terribles problemas.

Los minutos de espera son enormes, lentos, no caminan, nadie pasa por esta oficina. No me atrevo a mirar si hay cámaras, si existe algún cartel con avisos. Estoy de pie, temblando, pensando en lo peor, he visto tantos programas de TV sobre advertencias en los aeropuertos. Trato de recordar los momentos

desde que embarqué hasta cuando llegué a Miami. La cartera siempre estuvo conmigo. ¿Y la maleta?

Dios mío, tú sabes que nunca me atrevería a hacer algo ilegal. De pronto recuerdo que mi mejor amiga me encargó un regalo para su sobrino que estudia en Miami. Nunca le pregunté qué enviaba, tampoco se me ocurrió revisar el paquete, tengo un hueco en el estómago lleno de dudas y temores.

Al fin aparece el mimo empleado que me ordenó esperar.

- Su nombre es: Nancy Guadalupe Carrillo Sánchez y viene de Quito, Ecuador.

-Sí, ¿sucede algo?

- Su pasaporte no está bien, tiene un error y así no puede continuar su viaje.

-Usted debería llamarse Nancy Carrillo, o Guadalupe Sánchez

-Un nombre y un apellido como es la norma.

--Disculpe Señor, en mi país los padres registran a sus hijos con dos o tres nombres más los apellidos del padre, que es de ley, y el de la madre.

- ¿Qué clase de país es este que permite que sus ciudadanos hagan lo que quieren? Tercermundista ya se sabe.

- ¿Y usted utiliza todos esos nombres en todo momento?

-En los documentos oficiales, sí, generalmente me llaman Nancy.

-Puede irse Nancy y procure arreglar su documento de viaje, recuerde un nombre y un apellido.

-Gracias, lo recordaré.

Salgo apresurada con la carga de tensión que poco a poco se aligera.

.

## POR FIN, EL DUENDE

**Dorys Rueda**



**L**as brujas, el diablo, el cuco, el guagua auca y las sirenas me son familiares desde niña.

Los conocí en las sobremesas de mi casa.

En Otavalo, las conversaciones cambiaban según la hora. Al mediodía se hablaba de política, de fútbol y de lo que hacían o dejaban de hacer las autoridades.

Después de la merienda llegaban los otros.

La Viuda.

El Chuzalongo.

El Carbunco.

La Mariangula.

Los fantasmas.

Y, por supuesto, los duendes.

Mis padres contaban aquellas historias con tal seriedad que nunca se nos ocurrió preguntar si eran ciertas.

Además, al final venía la parte educativa.

—¿Ven lo que les pasa a los niños que salen solos por la noche? —decía mi madre.

Veíamos.

Perfectamente.

El verdadero problema era irnos a dormir después.

Nos cubríamos con las cobijas hasta la cabeza y esperábamos que ninguno de los personajes de la sobremesa decidiera visitarnos.

Pasaron los años.

Y terminé buscando por voluntad propia a los mismos personajes de los que antes me escondía.

Comencé a recopilar casos, mitos y leyendas del Ecuador.

Durante décadas recogí testimonios de personas que aseguraban haber visto duendes, viudas, sirenas y otros seres de nuestra tradición oral.

Había recopilado muchas historias.

Pero ninguna me había ocurrido a mí.

Hasta un sábado.

Me habían realizado una endoscopia y estaba saliendo de la sedación.

Abrí los ojos poco a poco.

La habitación todavía parecía moverse.

Entonces vi algo en una esquina.

Miré mejor.

Era pequeño.

Llevaba una gorra y un saco del mismo color.

Era un duende.

Me quedé mirándolo.

Pero algo no me cuadraba.

Después de tantos años recopilando leyendas, algo sabía de duendes.

El de Otavalo, por lo menos, llevaba poncho, camisa blanca, pantalón y sandalias.

Este llevaba saco y gorra.

No correspondía a la descripción.

Quise verlo mejor.

Él también me miraba, muy tranquilo, como si la que estuviera fuera de lugar fuera yo.

Intenté acercarme.

No pude.

Mi cabeza ya estaba funcionando.

Mi cuerpo todavía no.

El duende, en cambio, se movía perfectamente.

De pronto desapareció por una pequeña abertura de la pared.

Lo seguí con la mirada.

Una enfermera se acercó.

—Tiene que descansar. El examen acaba de terminar.

Yo seguía mirando la pared.

El duende ya no estaba.

De niña me escondía bajo las cobijas para que los duendes no me encontraran.

Después dejé de esconderme.

Y uno terminó encontrándome en una sala de recuperación.

## JOAN MANUEL SERRAT

Nancy Carrillo



**D**ebo confesar, utilizando uno de tus versos, que lo que va a continuación es "una pobre historia de amor". Te conocí cuando tenía 18 años y estudiaba en Madrid. Mi objetivo era estudiar y estudiar para no perder una beca. Me contagié de la juventud de entonces que veían en ti no solo al cantante, sino al rebelde, al que se sentía más cómodo cantando en catalán que en español.

Así pasaron seis años y tus canciones acompañaban mis horas de estudio. Mis angustias de alumna de la Complutense de Madrid. Una de las asignaturas de la carrera que me hizo sufrir todo ese tiempo era el latín, yo solo había escuchado la lengua madre en la iglesia; no así mis compañeros españoles de distintas provincias con muchos años de estudio de esta lengua, lo que les permitía traducir a Tito Livio. Yo empezaba por las declinaciones, también conocían el griego, pero yo me decidí por el árabe que era desconocido para todos. ¡Qué tiempos aquellos! ¡Las únicas noticias a las que prestaba atención eran las de tus giras y nuevas canciones!

El tiempo pasó. Mis intensas horas de estudio se vieron recompensadas porque terminé con algunas notas de notable, que ya es mucho decir, para las exigencias de aquel entonces. Volví a mi país y, aunque no era mi especialidad, enseñé literatura en prestigiosos colegios de mi ciudad. El mejor material que encontré para disfrutar de la emoción estética y contagiarla a mis estudiantes fueron tus canciones.

Empecé por alterar la programación del Ministerio de Educación que solicitaba hacerlo por etapas y géneros literarios, y yo decidí hacerlo por temas: el amor, la fidelidad, la venganza. Esta forma de conocer la literatura nos gustaba y nos hacía vibrar de emoción. La vida y la literatura iban de la mano, la primera proporcionando experiencias y la segunda inmortalizándolas. Mis estudiantes y yo, que de alguna forma habíamos sufrido el dolor del abandono, cantábamos Penélope, el ejemplo más grande de la espera y la fidelidad, a voz en cuello y con los ojos llenos de lágrimas.

Machado, Miguel Hernández y García Lorca eran los poetas preferidos. Igualmente, los recitábamos con devoción y cada vez investigábamos detalles sobre sus vidas. No había Lucías en mis cursos, pero nos fascinaban esos versos del amor que nos vuelven buenos: "si alguna vez amé, si algún día después de amar amé, fue por tu amor, Lucía……".

Escogíamos canciones para identificarnos. Así las que añoraban su pueblo chico encontraron en "Mi pueblo" versos que hablaban de su pobreza e incierto destino, y aquellas que querían ser amadas, sin importar su estilo, se sintieron felices con "La mujer que yo quiero".

Y un poema de amor, se llevó el palmarés. Igualmente, arrancaba lágrimas enamoradas este intenso sentimiento añorado o realizado, sin importar el tiempo o la edad en la que aparecía. Era tal nuestra devoción por tus canciones que, cuando mis estudiantes pasaban de un curso a otro, para animarse y como el inicio motivacional para tratar nuevos temas, cantábamos "Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar…".

"La saeta" elevaba nuestro espíritu religioso durante la Cuaresma. Para vivirlo con más intensidad veíamos esas procesiones españolas, en donde desfilan en altos paladines, iluminados por inmensos cirios, Vírgenes agobiadas y Cristos ensangrentados.

Fueron años maravillosos de cantarle a la vida y al amor. La generación a la que enseñé con este método maduró. A muchas de mis alumnas de aquel entonces las volví a encontrar en los conciertos, dos o tres a los que pude asistir, allí una multitud agradecida por esos momentos de intensa emoción, cantaba entusiasmada todas esas canciones que dejaron huellas en nuestro corazón. No faltaban las lágrimas y los recuerdos porque quien no se estremece con versos como: no hay nada más bello, que lo que nunca he tenido, nada más amado que lo que perdí. Y tu sombra aún se acuesta en mi cama, en la obscuridad entre mi almohada y mi soledad.

Me olvidaba contar que también en mi casa, entre mis hermanos, fuiste famoso. Con mi primer sueldo compré "Mediterráneo", un disco de 75 revoluciones, la invención de aquellos años. Allí están las canciones de entonces, las que acompañaron nuestros mejores años. Luego mis hermanos incrementaron la discoteca y una de mis hermanas se encargó de que el equipo nunca fallara y hasta hoy en las reuniones familiares cuando el momento de la despedida exige traer a la memoria las canciones de la juventud que se aleja, escuchamos a los Olimareños y a Serrat para finalizar la jornada con un toque de agradecimiento al pasado.

El año 22 fue el concierto de despedida. Los hermanos no podíamos faltar y allí estuvimos cantando y acariciando recuerdos. Los años se dejaban ver en ti y en nosotros, los fans de toda una vida. No por ello dejaste de cantar todo lo que la gente pidió y nuevas canciones de tu inmenso repertorio.

Gracias, Joan Manuel, porque un día fuiste mi mejor material didáctico, por ponerle palabra y color a cada uno de mis sentimientos, porque aún me estremecen esos versos de antaño, por cantarle a la vida, "a las pequeñas cosas, que nos dejó un tiempo de rosas".

## RESEÑA DE LAS AUTORAS

### DORYS RUEDA



Es investigadora, docente y escritora ecuatoriana con una licenciatura en Letras y Castellano, y dos maestrías: una en Literatura Ecuatoriana e Hispanoamericana y otra en Literatura Infantil y Juvenil. Además, posee una especialidad en Currículum y Prácticas Escolares en Contexto y un diplomado en currículum.

Es fundadora y directora del sitio web El Mundo de la Reflexión, creado en 2013 para fomentar la lectura y la escritura, divulgar la narratología oral del Ecuador y recolectar reflexiones de estudiantes y docentes sobre diversos temas.

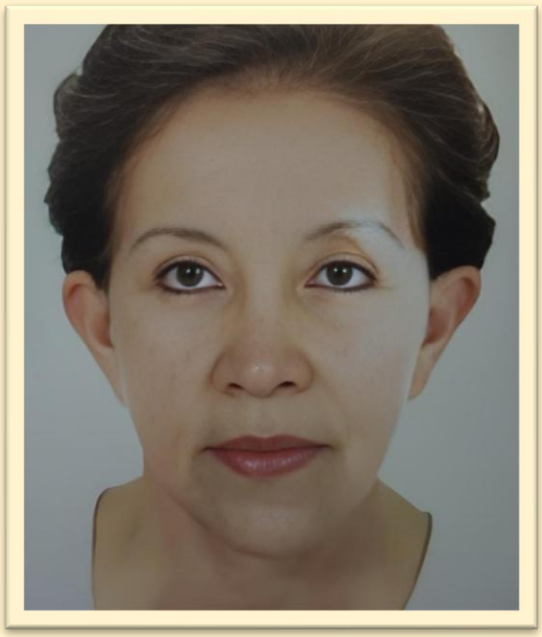
Entre sus publicaciones destacan los libros Lengua 1 Bachillerato (2009), Leyendas, historias y casos de mi tierra Otavalo (2021), Leyendas, anécdotas y reflexiones de mi tierra Otavalo (2021), 11 leyendas de nuestra tierra Otavalo Español-Inglés (2022), Leyendas, historias y casos de mi tierra Ecuador (2023), y 12 Voces Femeninas de Otavalo (2024).

Desde 2020, ha reunido a autores ecuatorianos para que la acompañen en la creación de libros, dando origen a textos culturales colaborativos en los que la autora comparte su visión con otros escritores. Entre estas obras se encuentran: Anécdotas, sobrenombres y biografías de nuestra tierra Otavalo (tomo 1, 2022; tomo 2, 2024; tomo 3, 2024), Leyendas y Versos de Otavalo (2024) y Rincones de Otavalo, leyendas y poemas (2024).

A lo largo de su carrera, ha sido reconocida por su contribución al ámbito cultural, literario y educativo. En 2021, el Municipio de Otavalo le otorgó un reconocimiento por su aporte al desarrollo cultural y en 2024 fue una de las 25

mujeres otavaleñas destacadas por su trayectoria. Además, ha recibido la medalla al "Mérito Cultural" de la Cámara de Comercio de Otavalo y una placa conmemorativa de la Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión" por su legado en la literatura y la docencia.

## NANCY CARRILLO



Es licenciada en Lingüística Hispánica (Universidad Complutense de Madrid), Doctora en Administración Educativa (Pontificia Universidad Católica del Ecuador), Magister en Estudios de la cultura con especialidad en Literatura Hispanoamericana (Universidad Andina Simón Bolívar) y ha cursado estudios de Comunicación en el Instituto ILCE, México.

Desempeñó funciones de rectora y vicerrectora, directora nacional de Currículum, coordinadora IB del Programa del Diploma en varios colegios de Quito.

Lectora incansable, apasionada por el cine y los viajes.